

Cosa insólita es que un Coro poblano sea de una sola bóveda; tal vez porque se siguió usando ese Coro bajo del siglo xvii.

El hueco de las rejas tiene su arco rebajado de ladrillos, y es muy ancho. En el interior se ven señas de la cráticula, la puerta de acceso al convento y una ventana enrejada que daba al claustro. El Coro alto está cubierto ahora por unos lienzos que representan, al centro, al Señor de Burgos y a la Virgen de la Soledad, y a los lados, santos carmelitanos en nichos con columnas salomónicas. En el medio punto, en lugar de abanico está otro lienzo que parece Joaquín Magón. En él la Virgen del Carmen reparte “documentos”, en el sentido de consejos, a un obispo, a dos clérigos y a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa, quienes, a su vez, los dan a unas monjas. Uno de esos consejos lo escribe el propio Niño Jesús, a quien le presenta un tintero San Miguel Arcángel.

En el presbiterio se conserva el azulejo sepulcral (no sé si también los restos) de Sor Isabel de la Encarnación, de quien hemos hablado.

SANTA CLARA

Hace doce años aún existían sus rejas, que eran muy hermosas. Las del Coro bajo en forma de panal de abejas. ¡Era la única con este dibujo y desapareció! Ahora los Coros son: la primera bóveda un indefinible espacio, entre pseudo capilla y pseudo Coro; la segunda, escaleras; la tercera, oficinas. Y todo esto podría haberse hecho —si tan necesario era— sin quitar la interesante reja, que, por cierto, ¿dónde estará?

En el Coro alto quedan cuatro medios puntos de pintura con escenas de la vida de San Francisco y de Santa Clara a los lados de las ventanas. Bajo éstas hay dos retablitos churriguerescos que ignoro si estaban ya desde antes o fueron puestos allí últimamente. Por supuesto que, en lugar de la antigua reja, está ahora una barandilla moderna estilo . . . “colonial”.

“La iglesia —dice Vetancurt— es de las mejores que tiene la ciudad, con ser todas tan bien hechas; es de bóvedas bien acabadas y su adorno de altares y pinces no tiene que envidiar al más lucido; dedicóse la primera vez en 1642 y por haber falseado la

arquitectura, el P. fray Francisco Pérez, en menos de dos años la volvió a reedificar, echándole a la parte de la calle unos estribos con que se fortificaron las bóvedas y se volvió a dedicar el año de 1669 con la solemnidad posible.” (*)

CAPUCHINAS

Este convento nació del de México, con seis monjas mexicanas. Llegaron a Puebla el 2 de febrero de 1704 donde fueron recibidas con toda pompa en la Catedral y luego pasaron a su convento, que ya estaba edificado desde 1703.

La completa descripción del monasterio está en el citado libro *Trono mexicano*, de la cual transcribo lo relativo a los Coros:

“La planta de la iglesia es en la distancia, de 50 varas de longitud, 10 y media de latitud y 16 y media de profundidad; se divide en cuatro porciones, la una que forma el Coro alto, la segunda el cuerpo de la iglesia, la tercera la capilla mayor y la cuarta el presbiterio. La primera porción se compone de cuatro bóvedas, las dos de arriba de lunetos y las del piso de aristas; arriba forman un hermoso Coro con cuatro ventanas, las dos que caen a la calle con piedras de tecali, que defienden del aire y del registro y dan lugar a la luz por lo transparente de su cuerpo y las dos que caen a la clausura con vidrios. En la testera de dicho Coro está un altar donde está colocado el Santo Cristo fundador, que es el que acompañó a las peregrinas madres desde la ciudad y convento de México; a un lado un hermosísimo lienzo de María Santísima de los Dolores, con marco dorado y vidriera de cristal y al otro lado un Ecce Homo muy devoto; en un lado colateral están dos nichos, el uno ocupa un hábito de San Pedro Bautista, mártir, puesto en una cruz de madera y una cuerda del mismo santo, que lo ciñe, y una reliquia de San Pancracio, con sus auténticas. En el segundo nicho está un hermoso bulto de San Antonio de Padua, de la mediana estatura de un hombre; en el lado colateral frontero está otro nicho donde está colocada una cruz de Caravaca, de carey, embutida de hueso blanco, con su peana, que

* *Teatro mexicano*, 1967. Segunda edición de José Porrúa Turanzas, Madrid, 1961, vol. II, p. 313.